

HUMOR Y TABÚ. LOS LÍMITES DEL HUMOR Y LA PARADOJA DE LO CRISTIANO

LUIS M.º SALAZAR

*Profesor de la Facultad de Teología de Granada
Universidad Loyola*

La cuestión de los límites del humor está ciertamente de moda y promueve un curioso debate que indirectamente convierte el humor en algo sesudo, mucho más allá de lo que a primera vista pudiera parecer.

En este debate caben varias posturas, no siempre bien definidas. Por un lado, están los que consideran que la etiqueta 'artista' es una patente de corso para ofender o insultar con impunidad; por otro lado, se encuentran quienes se convierten en los defensores de lo políticamente correcto que van pintando líneas rojas por todos lados, hasta el punto de convertir el ejercicio del humor en una tarea imposible; en una situación intermedia, tan amplia que podría abarcar a las otras dos, se sitúan aquellos que, ante el mismo chiste, lo califican como libertad de expresión o delito de odio dependiendo de quién sea el ofendido.

Dicho de otro modo, en todas las sociedades hay personas y colectivos de los que se puede hacer burla y otros que no. Estas personas y colectivos van cambiando de unas sociedades a otras y de unas épocas a otras dentro de la misma sociedad. Para comprobar este cambio de sensibilidad bastaría escuchar chistes o, como ahora se llaman, monólogos de hace veinte años. Muchos de ellos no pasan ni un filtro. Vemos los vídeos de personas riendo a carcajadas ante expresiones que hoy nos causan estupor. Resultan particularmente desagradables las alusiones racistas o sexistas. La vinculación de una determinada raza con la delincuencia o las alusiones «jocosas» a la violación o la violencia contra la mujer, nos resultan, a mí también, insufribles. Sin embargo, nos siguen haciendo gracia los chistes que vinculan política y corrupción, o incluso han ganado posiciones los que aluden a la monarquía de un modo insultante, o vinculan de modo indiscriminado al clero con abusos de todo tipo.

Dice mi hermana que para que un chiste sea gracioso debe hacer reír a más gente de la que ofende. Podríamos añadir que esta regla no es meramente cuantitativa, sino también cualitativa. No es un problema solo del número de personas a las que se ofende, sino de lo significativas que son para el resto de la sociedad. El humor misógino era gracioso hace treinta años, pero no porque ofendiese a poca gente, (ofendía a la mitad de la población) sino que ofendía a una parte de la sociedad desvalorizada incluso para ellas mismas. Así el humor sobre homosexuales o sobre minorías étnicas. Ha dejado de ser gracioso no porque haya aumentado la población que pertenece a estos colectivos, sino porque, gracias a Dios, hemos tomado conciencia como sociedad de que se trata de personas valiosas con gran capacidad de defensa.

Viendo estos cambios, algunos de los cuales no pueden más que alegrarnos puesto que significan el reconocimiento de personas y colectivos en otro tiempo desvalorizados, cabe preguntarse si lo que está en juego no será siempre lo mismo: Si lo que merece respeto es la persona, o bien esta necesita un plus que la haga digna de respeto ante los demás. Si el respeto social está ligado a la dignidad personal o al estatus que ocupa una persona o colectivo dentro de una sociedad.

Pero hay otro motivo por el que el oyente puede sentirse herido por un chiste, es cuando se trata un tema que se considera inadecuado, cuando se aborda un tabú. Aquí, los temas inadecuados también cambian de unas sociedades a otras y de unos tiempos a otros. Dependen de qué temas están prohibidos en una sociedad. En otros tiempos, el tabú social por excelencia era el sexo, así se recriminaba al que contaba un chiste «subido de tono» porque «había ropa tendida», y cualquier alusión a la sexualidad en el discurso, especial-

mente en el humorístico se vestía y revestía de metáforas y eufemismos, muchos de los cuales constituían en sí mismo un ejercicio artístico de humor. Hoy los tabúes pueden ser otros, quizá la muerte, la opción sexual, pero los mecanismos para abordarlos pueden ser los mismos: la elusión, la metáfora, el eufemismo.

Bien pensado, quizá sea el humor el camino más adecuado para abordar los tabúes. De hecho, no pocas veces los temas tabú se convierten en temáticas privilegiadas para el humor. Algunos de estos tabúes se han convertido en verdaderos géneros literarios: los llamados chistes verdes (para abordar la sexualidad), el humor negro (como forma de hablar de la muerte y sus tabúes). Incluso se habla de humor marrón, para abordar nuestra fisiología menos gloriosa. Podríamos seguir casi indefinidamente con los llamados «chistes de curas», o «de médicos», o de «guardias civiles». Todos ellos nos enfrentan a cuestiones sobre las que no resulta fácil hablar seriamente y con conocimiento de causa, pero que nos afectan a todos y no pocas veces nos hieren a todos: la autoridad y sus límites, la religión y sus ministros, la enfermedad y la indefensión o la vergüenza. En este contexto podemos situar también el humor sobre religión, sobre el final de la vida (con su premio o castigo) e incluso sobre Dios mismo. El humor se convierte en este campo en la llave para entrar en nuestros más íntimos temores. Lo numinoso y fascinante es también objeto de humor, no a pesar de provocarnos temor, sino precisamente por ello.

El humor nos permite abordar con una sonrisa las cuestiones más serias a las que hemos de enfrentarnos en la vida. Visto así, el humor, como el mito, es un modo privilegiado de acercarnos al misterio, cuya profanación es lo que se intenta evitar con el tabú. Por eso el humor que aborda el tabú no debiera ser obsceno, ya que la obscenidad es precisamente eso, abordar sin pudor lo que debiera ser tratado pudorosamente.

En todos los temas, pero muy especialmente cuando abordamos cuestiones sensibles es necesario evitar la burla abierta o el insulto. Cuando se utiliza el sarcasmo o la ridiculización como herramienta del humor no nos

movemos en el mundo del arte sino de la violencia. El sarcasmo es una forma de violencia, ofende intencionalmente y existe para ello. Quien ridiculiza a alguien no pretende reírse con él, sino herirlo. Se trata de una forma de agresión, no física, pero que puede resultar brutal. Puede llegar a destruir a la persona o al colectivo que es objeto de ridiculización. Cuando utilizamos el

llamado humor corrosivo ya no estamos hablando de una gracia, sino de un insulto directo o una humillación expresa.

En otro nivel se sitúa la ironía, la cual, por su sutileza, puede resultar graciosa incluso para la persona descrita. Cuando la ironía ilumina nuestras contradicciones podemos reconocernos en nuestra propia comicidad. En cualquier caso, solo estaría legitimado para hacer burla de las contradicciones de otros aquel que es capaz de reconocer con humor las propias. Reírse de uno mismo, amén de ser una práctica que nos desintoxica de nuestro propio ego engordado, es el mejor salvoconducto para ayudar a otros a desintoxicarse, mostrándoles lo cómico de sus propias contradicciones.

Pero volvamos a los grupos que son blanco fácil de la burla.

Entre ellos es posible reconocer a los cristianos en general y muy particularmente los ministros de la Iglesia. Pienso en el cine o en los programas de televisión donde si aparece un cristiano practicante, cura o una monja, estos son representados personas perversas para las que la práctica religiosa es una mera coartada, o como bobos, que desconocen por completo la realidad de la vida. Los tópicos, dicen, se alimentan de la realidad, exagerándola mediante la caricatura, pero honestamente soy incapaz de reconocerme ni a mí ni a la inmensa mayoría de cristianos en estos estereotipos.

Aquí estaría tentado a hacerme el «ofendidito» y subrayar, lo fácil que es hacer burla de lo cristiano y de los cristianos, mientras que parece mucho más difícil ofender a lo musulmán. No es extraño, cuando en algún medio de comunicación se hace escarnio de los cristianos y particularmente de los clérigos, asociándolos sin distinción a determinados comportamientos

... Cuando se utiliza el sarcasmo o la ridiculización como herramienta del humor no nos movemos en el mundo del arte sino de la violencia. El sarcasmo es una forma de violencia, ofende intencionalmente y existe para ello. Quien ridiculiza a alguien no pretende reírse con él, sino herirlo. Se trata de una forma de agresión, no física, pero que puede resultar brutal. Puede llegar a destruir a la persona o al colectivo que es objeto de ridiculización. Cuando utilizamos el llamado humor corrosivo ya no estamos hablando de una gracia, sino de un insulto directo o una humillación expresa.

delictivos y abominables, no falta quien, pretendiendo defender a los cristianos, dice: «mira como con los musulmanes no se atreven».

Sin embargo, esa tentación de hacernos los ofendidos y de responder con «y tú más», queda muy atenuada si quienes así nos sentimos agredidos tuviéramos el coraje de volver al evangelio. Y es que Jesucristo, cuyas palabras no carecían de ironía cuando desenmascaraba la hipocresía de quienes se creían dueños de la verdad, colando el mosquito y tragando el camello (Mt 23, 24), fue objeto de burlas crueles.

Uno de los componentes más significativos de la pasión de Jesucristo es precisamente las burlas. Las burlas de los soldados (manto púrpura y corona de espinas), pero también las burlas de los jefes que invitan a Jesús a bajarse de la cruz, las burlas de quien estaba crucificado junto a Jesús, la burla de su mismo discípulo que lo entregó con un beso.

También encontramos esta misma situación en los primeros evangelizadores. «El discípulo será como su maestro, y si a mí me han llamado Belcebú...». Especialmente llamativa es la experiencia de Pablo en su relación con la comunidad de Corinto. Sabiéndose ridiculizado a sus espaldas por aquellos que lo consideraban valiente en la distancia y cobarde en la presencia (2 Cor 10, 1), les dice «Por lo que veo, a nosotros, los apóstoles, Dios nos coloca los últimos; como condenados a muerte, dados en espectáculo público para

ángeles y hombres. Nosotros unos locos por Cristo, vosotros, sensatos en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros célebres, nosotros despreciados; hasta ahora pasamos hambre y sed y falta de ropa; recibimos bofetadas, no tenemos domicilio, nos agotamos trabajando con nuestras propias manos; nos insultan y les deseamos bendiciones; nos persiguen y aguantamos; nos calumnian y respondemos con buenos modos; nos tratan como a la basura del mundo, el desecho de la humanidad; y así hasta el día de hoy» (1 Cor 4,9-13) y en su segunda carta, él mismo, anticipándose a las burlas de sus interlocutores, afirma: «Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Cor 4,7-9).

En este orden de cosas la facilidad con la que se puede hacer burla de lo cristiano nos da pistas de la irrelevancia social del cristianismo en las sociedades postmodernas del siglo XXI, pero quizá también de nuestra misión como servidores de aquel que cargó sobre sí el pecado del mundo, no para condenar al mundo sino para que el mundo se salve por él. 